

El "Modus parisiensis"*

(Gregorianum, 2004, vol. 85, no 1, pp. 43 – 64)

Gabriel Codina Mir, S.J.

1. "El modo de París": una expresión críptica

El 8 de abril de 1548, después de una azarosa navegación de tres semanas, con mar gruesa y peligro del Turco, desembarcaban en Mesina Jerónimo Nadal y otros nueve jesuitas provenientes de Roma. Era el grupo, cuidadosamente seleccionado por Ignacio, que debía dar comienzo al que con razón es considerado como el primer Colegio para externos de la Compañía. Además del mallorquín Nadal, superior de la expedición, conformaban el grupo el neerlandés Pedro Canisio, los franceses André des Freux (Frusius) y Martin Mare, el flamenco Cornelius Wischaven, los italianos Benedetto Palmio, Isidoro Bellini y Giovanni Battista Passarino, el saboyano Hannibal du Coudret y el barcelonés Rafael Riera.

Antes de que el grupo zarpara para Sicilia, Ignacio quiso reunirlos a todos ellos para hablarles, en tono grave y solemne, de la importancia capital que asignaba al nuevo establecimiento. Los diez "fundadores" no salían de su asombro. Ni el Colegio de Padua, ni siquiera el de Coimbra, el más floreciente de los Colegios-seminarios para jesuitas, ni ningún otro Colegio erigido hasta entonces tenía para Ignacio tanta trascendencia como el nuevo Colegio de Mesina. De hecho, a ninguna otra obra de la Compañía había destinado un equipo tan escogido y numeroso, en el que descollaban jesuitas de primera línea y selectos humanistas¹. No era, por cierto, del mismo parecer Simão Rodrigues, uno de los primeros compañeros de Ignacio y a la sazón Provincial de Portugal, que veía con disgusto semejante desperdicio de personal². En la visión apostólica de Ignacio, Sicilia, punto de intersección privilegiado entre Oriente y Occidente, había de ser el trampolín natural para penetrar en Grecia y en Africa³. El tiempo se encargaría de dar la razón a la intuición de Ignacio, al menos desde el punto de vista pedagógico. Las empresas apostólicas a partir de Sicilia no habían de alcanzar la envergadura que él soñaba. Pero lo que sí es cierto es que el Colegio de Mesina estaba llamado a convertirse en el prototipo de todos los posteriores Colegios de la Compañía, y en el primer laboratorio de la pedagogía jesuita.

* Versión original española, modificada y aumentada, del texto publicado en inglés *The "Modus Parisiensis"*, en: Vincent J. Duminuco (ed.), *The Jesuit Ratio Studiorum. 400th Anniversary Perspectives*, Fordham University Press, New York, 2000, 28-49. Con autorización de Fordham University Press.

¹ "Se a cortado del mejor paño que avía": *Monumenta Ignatiana. Series I. Sancti Ignatii de Loyola Epistolae et Instructiones, I-XII* [MI Epp.], Monumenta Historica Societatis Iesu [MHSI], Madrid, 1903-1911, II, 25.

² *Epistolae[...]* Simonis Roderici, MHSI, Madrid, 1903, 589 (26 marzo 1548).

³ *Monumenta Ignatiana, Series IV. Fontes Narrativi de Sancto Ignatio de Loyola et de Societatis Iesu initiis. II-IV*, ed. C. de Dalmases [MI Font. Narr.], MHSI, Roma, 1951-1965), III, 750. No faltaban quienes consideraban a Sicilia como "umbilicus mundi" y "clavis Italiae".

La expectativa de la ciudad y del virrey de Sicilia, Don Juan de Vega, que tanto habían insistido ante Ignacio para la creación de un Colegio en la isla, no podía ser mayor. A los quince días, se empezaban las clases, bajo la dirección de Jerónimo Nadal, organizador y ejecutivo nato. El cronista de la Compañía señala significativamente que en el Colegio "se introdujo paulatinamente el modo de enseñar de la Universidad de París"⁴. En los informes, estatutos y documentos del Colegio, llama la atención la reiterada referencia a París: "se sigue el modo y orden usado en París"⁵, "según la usanza de París"⁶, "conformando todo al modo de París"⁷, "se observa el modo de París"⁸. La repetida alusión al modo de París, sin mayores explicaciones, no deja de intrigarnos.

Esta crítica expresión se repetirá en los primeros escritos pedagógicos de la Compañía. El significado del *modus parisiensis*, que a nosotros se nos antoja arcano, a los primeros jesuitas les resultaba completamente obvio. Ni siquiera tenían que describir de qué se trataba. Ignacio, en una carta, se refiere al *modus parisiensis* como algo consabido: "al modo llamado de París, donde primero estudió la Compañía y conoce el modo de proceder que allí se tiene"⁹. Fue en la Universidad de París, donde Ignacio y sus primeros compañeros compartieron como estudiantes las mismas aulas y Colegios. Y fue allí donde se familiarizaron con el modo de París y se aficionaron a él, a tal punto que años más tarde optaron por él en sus Colegios.

Por más que para los primeros jesuitas la respuesta fuera obvia, la pregunta es inexcusable: ¿en qué consistía exactamente el *modus parisiensis*? ¿En qué se diferenciaba de otros métodos pedagógicos, y por qué los jesuitas lo prefirieron a otros métodos vigentes en la época? Para responder a estas preguntas es necesario que nos asomemos a la Universidad de París de fines de la Edad Media y de comienzos del humanismo renacentista, que fue la que Ignacio y sus primeros compañeros encontraron. Trataremos, en primer lugar de la relación de los primeros jesuitas con París. Describiremos luego a grandes rasgos la estructura general de la Universidad y de los Colegios de París, los elementos de la metodología parisina, y los Colegios de letras humanas. Nos detendremos en considerar otros elementos que influyen en la primera pedagogía jesuita, en particular la corriente de los Hermanos de la Vida Común. Y analizaremos finalmente el extraño parecido entre los Colegios de los jesuitas y los de la Reforma.

2. Los primeros jesuitas y París

Todo comenzó un día de febrero de 1528, en que, aterido de frío y muerto de cansancio, entraba calladamente en París un viejo estudiante de 37 años llegado de España. Desoyendo a quienes le

⁴ "In quo parisiensis Universitatis in docendo modus paulatim est inductus": *Vita Ignatii Loiolae et rerum Societatis Iesu historia, I-VI [Pol.Chron.]*, MHSI, Madrid, 1894-1898, I, 282, n.243.

⁵ "Seguitando il modo e ordine che s'usa in Parigi essendo il meglio che tenere si possa per facilmente e perfettamente diventare dotto nella lingua latina": *Scopus et ordo Schol. Mess.: Monumenta Paedagogica Societatis Iesu. Nova editio ex integro relecta, I (1540-1556)*, ed. L. Lukács [*Mon Paed.I*], MHSI, Roma 1965, 385.

⁶ "Secondo l'usanza di Parigi": *Ibid.*

⁷ "Conformando il tutto al modo parisiense, il quale fra gli altri si reputa essere e exactissimo e utilissimo": *Mon Paed. I*, 386.

⁸ "Si serva il modo di Parigi": *Epistolae P. Hieronymi Nadal [Ep.Nadal]*, MHSI, Madrid, 1898, I, 120-121.

⁹ "Al modo detto de Parigi, doue la Compagnia prima ha studiato et sa il modo di procedere che li si tiene": *MI Epp. III*, 604-605 (1551).

disuadían de atravesar Francia y le asustaban con relatos truculentos sobre los franceses que, por las grandes guerras que había, metían en asadores a los españoles, Ignacio, "solo y a pie", había desandado el camino de Santiago hasta llegar a París. Demasiado tiempo había perdido en Alcalá y Salamanca, entre estudios desordenados y conflictos con la Inquisición, hasta que por fin se decidió a ir a estudiar a París. Llegado a la capital, se puso en casa con algunos españoles, e "iba a estudiar humanidad a Monteagudo [...] y estudiaba con los niños pasando por la orden y manera de París"¹⁰.

Por su renombre, la Universidad de París era un polo de atracción para estudiantes de toda Europa. La corriente migratoria de España y Portugal era una de las más fuertes. Algunos Colegios, como Santa Bárbara, eran considerados como verdaderos feudos ibéricos. Esto explica que la mayoría de los diez "primeros compañeros" fueran españoles y portugueses. La Bula de aprobación de la Compañía (1540) subraya el hecho de que los fundadores de la Compañía eran "maestros en artes y graduados de la Universidad de París". Esta era la nueva ciudadanía de los diez compañeros. En una carta a Pascasio Broët, Ignacio recalca "el respeto y amor que tenemos a la Universidad de París, la cual ha sido madre de los primeros de la Compañía", de tal manera que los jesuitas se consideran "hijos" de esta Universidad¹¹. No les pagó en la misma moneda la Universidad de París y el Parlamento, que desde los comienzos se opusieron a los jesuitas y frenaron la expansión de la Compañía de Jesús en Francia.

Sin embargo, la elección del *modus parisiensis* no se debió simplemente al apego que los primeros jesuitas conservaron por su alma mater, como por una suerte de devota inercia. El *modus parisiensis* fue objeto de una clara opción de parte de la Compañía. Inicialmente, Ignacio había forjado la idea de que los jóvenes estudiantes jesuitas que se iban incorporando a la Compañía cursaran sus estudios en las grandes Universidades de la época. Al parecer, Ignacio había pensado en concentrar a sus estudiantes en dos núcleos: París y Roma. De hecho, en 1540, encontramos un pequeño contingente de jóvenes jesuitas que empieza sus estudios en París, pero pronto los españoles tienen que emigrar a Lovaina, debido a las guerras entre Francisco I y Carlos V. El proyecto de París como centro de formación de los jóvenes jesuitas fracasa.

Poco a poco, van surgiendo Colegios exclusivamente para jesuitas en torno a las grandes sedes universitarias: Coimbra (1542), Padua (1542), Lovaina (1542), Colonia (1542), Valencia (1544). Al principio en estos Colegios no se daban clases¹². Se trataba de simples residencias para los jesuitas que frecuentaban la Universidad. Pero pronto empezaron a llover a Roma quejas de todas partes, sobre todo de Italia, sobre el lamentable estado de los estudios en las Universidades donde los jóvenes jesuitas cursaban sus estudios. De Padua, una de las más famosas Universidades italianas de la época, Juan de Polanco, futuro secretario de la Compañía, y el humanista André des Freux se quejaban de la pérdida de tiempo y de la falta de ejercicio, que tenían que suplir en privado¹³. Curiosamente, los jesuitas de Padua parecen no haber percibido que al menos la

¹⁰ MI *Font. Narr.I, Acta Patris Ignatii [Autob.]* n.73.

¹¹ "Per il rispetto che teniamo et amore all'università di Parigi, quale è stata madre delli primi della Compagnia": MI *Epp.IX*, 451 (1555). "Come filioli de cotesta uniuersità": MI *Epp.VIII*, 541 (1555).

¹² "No estudios ni lecciones en la Compañía", rezaban las *Constituciones* de 1541. Esta expresión ha sido a veces indebidamente esgrimida para sostener que los Colegios no estaban en la mente de Ignacio. Cf. Ladislaus Lukács, *De origine collegiorum externorum deque controversiis circa eorum paupertatem obortis*. En: *Archivum Historicum Societatis Iesu XXIX* (1960): 189-345; XXX (1961): 61-89.

¹³ *Mon.Paed. I*, 358-359.

enseñanza de Aristóteles en la Facultad de Artes de Padua estaba más adelantada que en París. El uso del texto griego en las clases y la impresión de la *editio princeps* de Aristóteles en griego por Aldo Manuzio en la cercana Venecia constituían indudablemente una ventaja¹⁴. Sea como fuere, después de haber pasado por París, Padua les resultaba decepcionante a nuestros amigos.

Para salir al paso de tales inconvenientes, poco a poco se empezaron a dar clases en los Colegios para jesuitas. De todas partes se reclamaban directivas sobre cómo organizar los estudios y la vida de los estudiantes. En 1546, aparecen las primeras normas para los estudiantes jesuitas de Padua, probablemente obra de Diego Laínez, en que se hace explícita referencia a París¹⁵. Pero es indudablemente a partir de Mesina con Jerónimo Nadal (1548), cuando en definitiva el *modus parisiensis* adquiere carta de ciudadanía en la Compañía y se implanta en todos los Colegios, tanto para jesuitas como para externos.

3. La Universidad y los Colegios de París

Las Universidades de Europa del Medioevo gozaban en su conjunto de una estructura bastante parecida. Maestros y estudiantes constituían una comunidad: *universitas magistrorum et scholarium*. Pero la organización de profesores y estudiantes no era la misma en todas partes. Básicamente existían dos arquetipos de Universidades: París, modelo de las Universidades de maestros; y Bolonia, modelo de las de estudiantes. En el modelo de Bolonia, predominante también en España, los estudiantes contrataban los servicios de los profesores, los Colegios de doctores y los Colegios de estudiantes estaban separados, y el poder estaba en manos de los estudiantes. En París, en cambio, los profesores ofrecían sus servicios a los estudiantes por una cuota determinada y, aunque los Colegios eran conjuntamente de profesores y estudiantes, el poder estaba en manos de los profesores. El modelo italiano respondía a un tipo de sociedad marcada por los negocios y acentuaba el aspecto "profesional" (derecho, medicina), mientras que el modelo de París apuntaba a una formación "científica", centrada fundamentalmente en la Facultad de teología. Las universidades inglesas, en cambio (Oxford), venían a resultar una especie de compromiso entre ambos modelos¹⁶.

Los primeros jesuitas, varios de los cuales habían estudiado o enseñado en Bolonia, Padua o en la Sapienza de Roma, no gustaron del plan de estudios poco sistemático y del predominio estudiantil vigente en el sistema italiano o español, y optaron decididamente por el sistema más organizado y centralista de París. En lo que se refiere al nombramiento de las autoridades en las Universidades y Colegios de la Compañía, Ignacio considerará siempre éste un punto no negociable y se separará de la tradición corporativa de París, donde los maestros intervenían en la designación de Rector y autoridades. En las Constituciones de la Compañía, establece que la designación del Rector compete exclusivamente al General. Lo mismo sucederá en el caso de los

¹⁴ Louis B. Pascoe, *Response to Gabriel Codina S.J.* En: Vincent J. Duminuco (ed.), *The Jesuit Ratio Studiorum. 400th Anniversary Perspectives*, Fordham University Press, New York, 2000, 51.

¹⁵ "Circa il modo di studiare li nostri di Padova" (Const. Schol.Patav.): *Mon.Paed.* I, 6-18.

¹⁶ Gabriel Codina Mir, *Aux Sources de la Pédagogie des Jésuites. Le "Modus Parisiensis"*, Institutum Historicum Societatis Iesu, Roma, 1968 [Codina Mir], 59. Aldo Scaglione, *The Liberal Arts and the Jesuit College System*, John Benjamins, Amsterdam/Philadelphia, 1986 [Scaglione], 23.

oficiales y profesores, que en las Universidades y Colegios de la Compañía serán siempre nombrados desde arriba y nunca elegidos por los estudiantes¹⁷.

En París, sobre todo después de la reforma del Cardenal de Estouteville (1452), el control de la Universidad se extendía a los Colegios y a todo el ámbito estudiantil. Desde los comienzos, proliferaron los Colegios de *regulares*, para la formación de los religiosos de las distintas órdenes religiosas: Dominicos, Menores, Premonstratenses, Bernardos, Carmelitas, Agustinos, Cluniacenses¹⁸. Paralelamente a los Colegios de *regulares*, fueron surgiendo una profusión de Colegios *seculares*, a veces simple hospicio para estudiantes pobres, o Colegios con dos secciones: para pobres y para quienes disponían de medios o gozaban de una beca. Muchos de estos Colegios estaban dotados para recibir estudiantes de determinadas naciones o ciudades, como es el caso del Colegio Santa Bárbara para los portugueses.

A comienzos del siglo XVI, cuando Ignacio y sus compañeros llegaron a París, docenas de Colegios se apiñaban en la *rive gauche* del Sena y en torno a la Montaña Sainte Geneviève. Existía toda una variedad de ellos. Unos eran Colegios "de pleno ejercicio" y abarcaban todo el ciclo de la enseñanza: eran los que constituían la Facultad de Artes propiamente dicha. Otros, comprendían sólo una parte de la enseñanza. La teología se estudiaba exclusivamente en los conventos de *regulares*, como los dominicos de Saint Jacques, donde Ignacio cursó sus estudios, y en dos Colegios *seculares*, Sorbona y Navarra, frecuentados también por Ignacio y sus compañeros.

Por las estrechas calles del barrio latino se cruzaban toda serie de estudiantes. Estaban los *martinets* o estudiantes externos. De ellos fue Ignacio durante su primer año, en que vivía en el Hospital Saint Jacques y acudía a clases al Colegio de Monteagudo. Seguían los *portionistes* (*convictores*), que pagaban una cuota por alojarse en un Colegio. También de éstos fue Ignacio más tarde, tan pronto como pudo conseguir recursos en sus giras de verano a Flandes para captar fondos y se instaló en el Colegio Santa Bárbara. Los *boursiers* (*bursarii*) eran lo que gozaban de una beca de estudios de sus fundadores. Finalmente, los *caméristes*, o estudiantes ricos, que alquilaban un cuarto o cámara y contaban con sus propios tutores y sirvientes. Y, naturalmente, los *galoches*, o estudiantes perpetuos, que arrastraban sus zuecos y su vagancia por las aulas y calles de París.

Con la reforma universitaria de 1452, la Universidad de París va poniendo paulatinamente orden y ganando control sobre todo este abigarrado y picaresco mundo estudiantil. A comienzos del siglo XVI, la Universidad ha impuesto su plena autoridad. El Rector de la Universidad interviene en el nombramiento de los Principales y autoridades de los Colegios, establece los reglamentos, dispone de censores o visitadores que controlan la disciplina y los estudios, en una palabra, ejerce una estricta autoridad en todo lo referente al régimen escolástico y disciplinar de los Colegios y sus estudiantes.

A esta estructura organizativa y a la fuerte autoridad ejercida por la Universidad sobre los Colegios, hay que atribuir en buena parte la unidad y eficacia del sistema educativo de París. Dos factores merecen también destacarse: la progresiva concentración de la enseñanza en los

¹⁷ *Constitutiones Societatis Iesu et Normae Complementariae*, Curia S.I., Roma, 1995 [Const.] [421, 490].

¹⁸ En lo que sigue nos basaremos en nuestro estudio: Codina Mir, espec. 50-190.

Colegios, y el régimen de convictorio, lo cual permitía una enorme interacción entre estudiantes y profesores y entre los mismos estudiantes.

Los estatutos y reglamentos de los Colegios de París, de corte semi-conventual, muestran todos un canon común. Se podría decir que toda la ciudad era como una gran escuela, que funcionaba al unísono, desde el toque del Angelus de la mañana hasta la noche, con un mismo ritmo de horarios, calendario, reglamentos, prácticas, costumbres, celebraciones religiosas y estudiantiles y estilo general de vida.

A la cabeza de cada Colegio figura una autoridad que detenta el poder supremo: *Primarius, Principalis, Magister*. En términos conventuales, se le llamaba también *Provisor, Prior, Praepositus*. Y en el París del Renacimiento, se le daba el título helenizado de *Gymnasiarcha*. La denominación *Rector* no era la común. Sin embargo, será esta última la que la Compañía tomará para sus Colegios y Universidades, cediendo en este punto al modo de Italia.

Los oficiales, o encargados de los estudios y disciplina son el *Magister studentium* (Nadal establece en Mesina un "maestro delli studii"). Es el antepasado del clásico "prefecto de estudios" de los Colegios jesuitas. Siguen otros cargos, que pueden ejercer los mismos estudiantes, como los *praefecti (ordinum)*, o jefes de clase, los *correctores, notatores* o *decani*, llamados también muy poco amablemente *lupi*.

Típico del *modus parisiensis* es la definición de funciones de las distintas autoridades. Reglas y más reglas detallan minuciosamente las atribuciones de cada uno de los responsables y el modo de cumplirlas. Los jesuitas serán fieles tributarios de esta tradición parisina de origen medieval. Una parte notable de los primeros documentos pedagógicos de la Orden está constituida precisamente por reglas de los distintos oficios, las más famosas de las cuales son las *Reglas del Rector del Colegio Romano* (1551). El cuerpo de la *Ratio Studiorum* (1599) no es otra cosa que una colección de 30 series de reglas correspondientes a los distintos oficios, nada menos que con 467 artículos.

Para la admisión a los Colegios se requiere un examen previo. Es preciso verificar si el aspirante tiene suficiente fundamento en gramática (*sufficienter fundatus in grammaticalibus*, repiten indefectiblemente los Estatutos de los Colegios), antes de acceder al curso de artes. Esta cláusula le valió a Ignacio a un año extra al llegar a París, estudiando gramática con niños de 9 años en el Colegio de Monteagudo, por ser "muy falto de fundamentos"¹⁹. Los alumnos se distribuyen de acuerdo a su nivel de conocimientos, independientemente de su edad. Los Colegios de jesuitas adoptarán como norma, sancionada por la *Ratio*, el tomar siempre a los candidatos un examen de ingreso para determinar a qué curso asignarlo.

Los reglamentos disciplinares son sumamente estrictos, dentro y fuera de los Colegios. Explícitamente se prohíbe el porte de armas, los juegos de azar y toda una serie de actividades y espectáculos poco recomendables. Semejantes prohibiciones se encontrarán también en la futura *Ratio* y en los reglamentos estudiantiles de los Colegios de jesuitas. La delación entre compañeros o, por usar un término más eufemístico, la corrección, están a la orden del día. Por ejemplo, en el caso de quienes usan la lengua latina. Igual prescripción se encontrará en la *Ratio*.

¹⁹ *Autob.* 73.

El castigo físico forma parte del proceso de instrucción. Se ha notado que, de las siete artes liberales personificadas en el portal de piedra de la catedral de Chartres, sólo la gramática empuña una férula. La letra con sangre entra... No importa la edad de los estudiantes. Recordemos cómo Diogo de Gouveia el Viejo, Principal de Santa Bárbara, amenazó aplicar el famoso castigo de la *sala* --es decir, propinar públicamente una tanda de azotes-- al mismo Ignacio de Loyola, por entonces de casi 40 años, acusado de seducir a los estudiantes del Colegio²⁰. Nada tiene de extraño que los jesuitas incorporaran el castigo físico a su pedagogía como la cosa más natural, con ciertas salvedades. Primero, cuando no hubiera más remedio, una vez que hubieran fallado los recursos de la persuasión. Y segundo, que el corrector no fuera de la Compañía sino contratado y pagado para cumplir tal oficio: la Compañía entregaba así a los culpables al "brazo secular". La norma figura en las mismas Constituciones de la Compañía²¹.

Afortunadamente, no sólo los castigos sino los premios formaban parte de esta pedagogía tan estimulante. La emulación jugaba un papel determinante, especialmente a través de las *concertationes* o enfrentamientos de carácter académico, y de las innumerables *disputationes* y ejercicios escolásticos tan en boga en la época. También la "sana emulación" entra en las Constituciones de la Compañía²².

Es difícil calcular cuánto tiempo los alumnos pasaban en clase. Todo parece indicar que las lecciones ordinarias ocupaban dos horas por la mañana y otras dos por la tarde. Pero antes y después, podían haber otras lecciones extraordinarias --a veces desde las 5 de la mañana-- y cantidad de otros ejercicios escolares practicados incesantemente a lo largo de todo el día. Por supuesto, la jornada comenzaba indefectiblemente con la misa y estaba jalonada por multitud de otras prácticas de piedad. Refiriéndose explícitamente al *mos parisiensis*, los primeros Colegios jesuitas adoptaron la norma de tres horas de clase por la mañana (sin ningún recreo intermedio) y otras tres por la tarde.

Muy poco espacio estaba en realidad dedicado al descanso. Los martes, jueves y domingos se concedía a los estudiantes una "moderada remisión", aunque las clases no cesaban del todo. En la tradición de la Compañía, el jueves prevaleció --en muchas partes hasta nuestros días-- como día de reposo entre semana. Los domingos estaban ocupados con el culto divino y se dedicaban al descanso. Los estudiantes salían entonces con sus regentes a solazarse a los prados de los alrededores de París, especialmente al Pré-aux-clercs, escenario de no pocas escaramuzas y batallas campales entre los colegiales. Afortunadamente para los estudiantes, numerosas celebraciones religiosas hacían más llevadero el calendario escolar.

El año escolar comenzaba invariablemente el día de San Remigio (1º de octubre). Los jesuitas mantendrán esta tradición típicamente parisina frente a la costumbre boloñesa de comenzar las clases el día de San Lucas (18 de octubre). Las vacaciones comenzaban por San Juan o por San Pedro. Por Navidad, Pascua y Pentecostés había algunos días de descanso. Posiblemente la costumbre de muchos países europeos de celebrar todavía el segundo día de Navidad, Pascua y

²⁰ *Autob.* 78.

²¹ Const. [397, 488, 500].

²² Const. [383].

Pentecostés, proviene de una antigua tradición religiosa medieval, sancionada en lo escolar por París y las Universidades de la época.

4. Los elementos de la metodología parisina

Entremos en el meollo del *modus parisiensis*. Por elemental que hoy nos parezca, una de las características típicas de París era la división de alumnos en clases (*lectiones, ordines, regulae, loci*; en el París renacentista: *classis*), de acuerdo a su capacidad y nivel de conocimientos. Las clases ocupan cada una su propio local y cuentan con su propio maestro y regentes o ayudantes. Sobre todo en gramática, las clases son numerosas y pueden pasar del centenar de alumnos. De ahí la subdivisión de alumnos en grupos de diez dentro de cada clase (*decuriae*), a cuya cabeza se encuentra un alumno responsable llamado *decurio*. La institución de las decurias proviene del Colegio de Monteaigudo, uno de los Colegios más innovadores desde el punto de vista metodológico, debido a la influencia que tuvieron en él los Hermanos de la Vida Común, como veremos más adelante. Nadal introducirá también el sistema de las decurias en Mesina, que pasará luego a la *Ratio*.

Nadie puede ser promovido a una clase superior si no está bien fundamentado. Existe una secuencia y progresión en la enseñanza, por obvio también que esto resulte. Ignacio aprendió por experiencia propia este principio a raíz de la falta de método con que hizo sus estudios en España. En los *Ejercicios Espirituales*, tendrá buen cuidado de señalar la necesidad de poner buen fundamento, y el orden y secuencia que se ha de seguir, sin tener ansia de pasar adelante.

En cuanto a la metodología propiamente dicha que se seguía en los cursos, si hubiera que definirla con una sola palabra, sería el ejercicio. Un ejercicio y práctica constante, como una gimnasia del espíritu, que ponía en juego todas las facultades y recursos de la persona humana. La variedad de ejercicios utilizados era asombrosa. La *lectio*, o lectura, equivalía a la clase magistral tradicional. Leer, oír y anotar en el cuaderno era lo típico, en un siglo en que la imprenta estaba en sus comienzos, los libros eran caros y el papel racionado. Pero paralelamente se desencadenaba una asombrosa variedad de actividades, que conocemos por sus nombres latinos. *Quaestiones*, o preguntas planteadas al maestro para la comprensión del texto. *Disputationes* o debates argumentando a favor o en contra de una proposición o un punto de vista, analizando, distinguiendo, subdistinguiendo cada concepto. Las *disputationes* venían a ser como el ejercicio ordinario a que se libraban los estudiantes de París desde la Edad Media.

En torno a las *disputationes* surge toda una terminología especializada de ejercicios que se practican no sólo en el estudio de artes y teología sino también en el de la gramática y las humanidades: *positiones, theses, themata, versiones, repetitiones, collationes, argumenta, compositiones, reparationes, conclusiones, conferentiae, concertationes, declamationes*. Las actuaciones públicas y las representaciones teatrales --originalmente de tipo religioso y moralista, y posteriormente de corte clásico-- formaban también parte de la actividad escolar de París.

París no tenía el monopolio de las *disputationes* y otros ejercicios, puesto que en otras Universidades europeas nos encontramos con el mismo sistema. Pero ciertamente la frecuencia, la celebridad y la importancia que París asignaba a este tipo de ejercicios le dieron un renombre mundial. En la base de esta metodología, naturalmente, está la escolástica. Erasmo, Vives y los

humanistas de la época ironizan sobre el abuso del método escolástico, y tanto Francisco Xavier desde la India como Jerónimo Nadal criticarán la esterilidad especulativa de los doctores de la Sorbona. Esto no quita que los jesuitas reconocieran que se podía hacer un uso bueno e inteligente de esta metodología activa característica del *modus parisiensis*, y la adoptaran para su enseñanza.

Al lado de este tipo de ejercicios, encontramos otras usanzas que los jesuitas tomarán de París: el aprendizaje de memoria (*pensum*), los cuadernos para anotar citas de los mejores autores clásicos y enriquecer así el vocabulario (*copia verborum*, *loci communes*, *rapiarium*, *thesaurus*), el estudio de un tema de dos en dos para ayudarse mutuamente (el *aemulus* es el compañero de estudio privado, más que el rival). Ignacio de Loyola, compañero de habitación de Francisco Xavier y de Pierre Favre en el Colegio de Santa Bárbara, encontró en este último un buen émulo para adelantar en sus estudios de artes.

En Mesina y en los primeros Colegios jesuitas encontramos exactamente muchas de estas prácticas y usos, con sus mismos nombres. La paternidad parisina es patente. Eminentemente activa e interactiva a pesar de sus indudables exageraciones, no cabe duda que la pedagogía de París constituía un método eficaz para avanzar en los estudios. No es extraño que los jesuitas optaran por ella. En una curiosa carta a su hermano, que le había consultado a qué Universidad mandar a su hijo Millán, Ignacio le contesta sin ambages: París. "Más fruto hará aquí en cuatro años, que en otra, que yo sepa, en seis"²³.

Sin embargo, es necesario subrayar que no fue en París donde Ignacio y los primeros jesuitas tuvieron su primer contacto con el *modus parisiensis*, sino en la Universidad de Alcalá. Fundada por el Cardenal Cisneros (1510) "a imagen de la Universidad de París", Alcalá se convierte en importante centro renacentista en toda Europa y constituye una isla parisina en medio de las Universidades de tipo boloñés vigentes en España. Por allí pasó brevemente Ignacio (1526-1527) y allí estudiaron varios de los primeros jesuitas que más tarde encontraremos en París: Alfonso de Salmerón, Diego Laínez (alumnos del Colegio "Trilingüe") y Nicolás de Bobadilla. En Alcalá estudió Jerónimo Nadal antes de ir él también a París, al igual que otros jesuitas, como Martín de Olave y Diego de Ledesma, que debían desempeñar un importante papel en la redacción de la *Ratio Studiorum*.

Todos ellos se familiarizaron por primera vez con el *modus parisiensis* en Alcalá. De allí la mayoría de ellos se trasladaron a la Universidad "madre" de París. No se puede desconocer el rol primordial de Alcalá en la configuración del *modus parisiensis* en la Compañía²⁴.

5. Los Colegios de letras humanas

La llegada de Ignacio y de los primeros jesuitas a París coincidió con un giro apasionante en la historia: la eclosión del humanismo renacentista. Desde el *Quattrocento*, las nuevas corrientes nacidas en Italia se propagan por toda Europa, gracias al impulso de la imprenta, y entran en la Universidad de París. El París escolástico y medieval queda de pronto invadido por las nuevas

²³ MI *Epp.* I, 78. Cf. MI *Epp.* I, 148-149.

²⁴ Cf. Codina Mir, 15-49.

ideas humanistas y las nuevas orientaciones teológicas, que no conocen fronteras. La sospecha ante lo nuevo y el tufo de la herejía pone en guardia a los defensores de la ortodoxia. Ignacio ya había experimentado dificultades con la Inquisición en Alcalá y Salamanca, donde fue encarcelado por la sospecha de ser "alumbrado". En París, tuvo problemas también con varios inquisidores del Convento Saint Jacques, donde estudiaba teología. Él y sus compañeros jesuitas vivieron intensamente el cambio de época. Adoptar la línea del humanismo era un riesgo. El uso del griego era sospechoso de luteranismo, notaba Nicolás de Bobadilla²⁵.

Al aire del humanismo renacentista, los Colegios parisinos van experimentando una importante transformación. La gramática, la retórica y las lenguas antiguas, junto con las artes, van cobrando cada vez más importancia y adquieren consistencia propia. Se fija así el núcleo de lo que hoy llamaríamos la "enseñanza secundaria", como distinta de la enseñanza superior. Los Colegios siguen dependiendo de la Facultad de Artes, pero en un nivel inferior. Por encima de todas las disciplinas, sigue reinando la teología, que se estudiará en la Facultad. El humanismo renacentista se consolida en los "Colegios de letras humanas", estadio preparatorio para las Facultades superiores. Es éste el modelo que los jesuitas (y los protestantes) tomarán para sus Colegios de externos, y que viene a ser como el precursor de los Colegios de secundaria modernos.

Los autores y las gramáticas "bárbaras", entre ellos el famoso *Doctrinale* de Alexandre de Villedieu, tan criticado por Erasmo, se baten en retirada. Cicerón, César, Virgilio, Horacio, Terencio, Ovidio, Tácito, Salustio, Homero, Sófocles, Demóstenes, sobre todo, desplazan implacablemente a los oscuros manuales del Medioevo. Encontramos los mismos autores en el programa de Mesina. La consigna es *optimi auctores*, estudiados directamente en sus fuentes. Los textos, no las reglas. La experiencia, el ejercicio, la imitación, no la teoría. El *modus parisiensis* es eminentemente inductivo. La *praelectio*, inspirada en Quintiliano, se convierte en el método por excelencia para descortezar un texto y preparar al alumno para una comprensión más profunda. Los jesuitas la adoptarán como uno de los instrumentos clave de su enseñanza.

Con el renacimiento de las bellas letras en el reinado de Francisco I, los Colegios rivalizan en el cultivo de las tres lenguas: latín, griego, hebreo. El primer Colegio de la Compañía en Mesina se preciará de ser Colegio "Trilingüe", como lo será también más tarde el Colegio Romano. El "trilingüismo" implantado en el Colegio de Mesina será el ideal de Ignacio para los "colegios menores" de la Compañía (1554), que no pueden llegar a convertirse en Universidades. No se excluye el estudio del árabe, o del turco, por motivos primordialmente misioneros, mirando a la conversión de moros y turcos y persiguiendo el ideal acariciado por Luis Vives y Ramon Llull²⁶. En Palermo (1554) y en Monreale (1555) llegaron a funcionar unos precarios colegios árabes, para la instrucción de niños africanos²⁷. No obstante, el estudio del árabe en los Colegios de jesuitas constituyó un fenómeno más bien esporádico, hasta la fundación de una cátedra de árabe en el Colegio Romano en 1565²⁸.

²⁵ "Qui graecizabant lutheranizabant", citado por François de Dainville, *La naissance de l'humanisme moderne*, Beauchesne, Paris, 1940, 25.

²⁶ Codina Mir, 295-296.

²⁷ *Litterae Quadrimestres[...] Romam missae, I-VII*, MHSI, Madrid-Roma, 1894-1932 [*Litt. Quadr.*] III, 258. *Pol. Chron.* V, 196, n.567.

²⁸ Const. [447, 449]. *Polanci Complementa, I-II* [*Pol. Compl.*] MHSI, Madrid, 1916-1917, I, 560-561, n.44.

La lógica y la dialéctica medievales que parecían dominar todas las esferas de la Universidad, ceden el paso a la retórica de Quintiliano. *Quintilianus noster* (como lo llaman los jesuitas), el maestro de los pedagogos del Renacimiento, había propuesto como ideal supremo la elocuencia. La retórica se convierte en el arte y la ciencia por excelencia, y el culmen de todos los estudios literarios. Para Erasmo y para todos los humanistas, el estudio de la gramática, del latín, del griego, está orientado a obtener la elocuencia. Nada de extraño que los jesuitas se propusieran la elocuencia como el ideal de su formación --la *eloquentia perfecta* de la *Ratio Studiorum*--. Jerónimo Nadal soñará hasta el fin de sus días en una "retórica cristiana", que integre las cualidades de los autores clásicos paganos con las virtudes cristianas.

La "elocuencia" no era simplemente una técnica, sino un estilo de vida. El *vir bonus dicendi peritus*, como definía Cicerón al orador, ofrecía el modelo perfecto de humanismo para el hombre del Renacimiento. El ideal era no sólo hablar, escribir y comunicar las propias ideas con propiedad, facilidad y elegancia, sino razonar, sentir, expresarse y actuar armonizando virtud con letras.

Virtud y letras. Este es el objetivo en que coinciden todos los programas de los Colegios de París. El tema no es privativo de París, puesto que recoge la herencia de las escuelas catedrales y de las Universidades del Medioevo²⁹: *scientia et mores; doctrina, pietas, litterae; virtus et litterae...* Este es el ideal que, cada uno por su lado, propugnarán jesuitas y reformadores en sus Colegios: adquirir la verdadera sabiduría cristiana. La formación intelectual y profesional es inseparable de la formación cívica y moral. Cristo, es en definitiva el fin último de toda erudición y de toda elocuencia, como síntesis del modelo de humanismo de signo cristiano que campea en la época. No es otra la finalidad que se propone el mismo Erasmo, para quien la lectura de los autores antiguos no es sino una preparación para la lectura de la Escritura.

Pero no todo en los autores clásicos era recomendable ni edificante. Los humanistas del Renacimiento se enfrentaron a un serio problema, para compaginar fe cristiana con los innegables valores humanos de los clásicos. Algunos (no precisamente los más humanistas) como Jean Standonck, el severo Principal de Monteagudo en el cambio de siglo, optaron por desterrar de un plumazo los autores lascivos. Otros, trataron de reemplazar los autores paganos por autores cristianos. Esta solución fue rechazada de plano por Jerónimo Nadal y los jesuitas más humanistas, que la consideraron como un empobrecimiento del humanismo, sin descartar por ello el estudio de los padres de la Iglesia y de los oradores cristianos. Ignacio no fue un humanista consumado, pero sí fue un hombre de su tiempo, abierto al nuevo mundo que nacía, y suficientemente inteligente para confiar en los jesuitas humanistas de su entorno. La actitud de Nadal en este punto fue determinante en el estilo de humanismo renacentista adoptado por la Compañía.

¿Cómo "bautizar" el humanismo pagano? Los jesuitas siguieron en parte el consejo de Erasmo y de Luis Vives, partidarios de ediciones selectas con extractos de los clásicos. Se editaron también ediciones "expurgadas", como la de André des Freux, que trató de convertir las escenas libertinas de Terencio en castos desahogos conyugales. El intento no convenció mucho a Ignacio, que prefirió simplemente omitir los pasajes. En las Constituciones, habla de servirse de los autores paganos "como de los despojos de Egipto"; y en el caso de los autores cristianos, "aunque la obra

²⁹ Cf. Pascoe, op.cit., 55.

fuese buena, no sea lea cuando el autor fuese malo, porque no se le tome afición"³⁰. La apostilla de Ignacio evidentemente tenía en mente nada menos que a Erasmo y a Luis Vives, de quienes no guardaba muy buen recuerdo por sus sarcasmos sobre las instituciones de la Iglesia. Ignacio no olvidaba los comentarios irónicos que Vives le hiciera en Brujas a propósito de la abstinencia eclesiástica.

Pese a la estrictez de las Constituciones, en la práctica la tolerancia prevaleció sobre la ley. Pero la "selección de los autores", tan típica del *modus parisiensis*, fue un constante caballo de batalla en los primeros Colegios jesuitas³¹. Con el tiempo, la discusión sobre la selección de autores se trasladará al terreno teológico. El tema del *delectus opinionum*, o doctrina y autores que se deberán seguir en las Universidades de la Compañía, será durante más de un cuarto de siglo el caballo de batalla en el laborioso proceso que culminará en la *Ratio Studiorum* de 1599. La polémica entre la *uniformitas doctrinae* y la *libertas opinandi* marcó ya la docencia de los jesuitas hace cuatro siglos y, al parecer, sigue gozando de palpitante actualidad.

6. El influjo de los Hermanos de la Vida Común

¿Hasta qué punto el *modus parisiensis* puede considerarse un método pedagógico autónomo y original? El método de París no era ciertamente el único que existía en Europa. Bolonia tenía su propio método, con un amplio radio de influencia en Italia, el sur de Francia y España. Sembradas por toda Europa, existían además multitud de escuelas de la Iglesia, escuelas públicas semi-seculares de nivel tanto primario como secundario, a cargo de las comunas libres, así como diversas formas de internados, y también escuelas privadas de diferente tipo³². Entre todas ellas y el mismo *modus parisiensis* existe un juego de mutuas influencias difícil de precisar.

Sería absurdo pretender que el *modus parisiensis* fuera absolutamente independiente y autónomo, o que los jesuitas recibieran el influjo única y exclusivamente de París, y no experimentaran el impacto de los sistemas escolares vigentes en las zonas donde se instalaron³³.

Entre estas influencias, no se puede pasar por alto el impacto que los Hermanos de la Vida Común tuvieron en la Universidad de París, particularmente a través del Colegio de Monteagudo. Muchos elementos del *modus parisiensis* tienen en realidad su origen en la corriente pedagógica y espiritual de los Hermanos. Sin pretender extendernos en este punto, sí al menos consideramos importante señalar el influjo que, directa o indirectamente, los Hermanos de la Vida Común ejercieron tanto en París como en la pedagogía de los jesuitas³⁴.

Antiguo alumno de la Universidad de París, Gerard Groote (1340-1384), fundador de los Hermanos de la Vida Común (llamados también Hieronimitas), inicia en los Países Bajos una

³⁰ Const. [359].

³¹ Cf. Codina Mir, 305-316.

³² Scaglione, 11-12.

³³ Scaglione nos reprocha a mi maestro François de Dainville y a mí el sobrevalorar la originalidad e independencia del sistema jesuita, omitiendo otras influencias y dejando de lado el influjo del humanismo italiano y del sistema escolar de las ciudades-estado italianas: Scaglione, 17, 54-58, 71-74. No negamos tales influencias, que, simplemente, no han sido el objeto directo de nuestro estudio.

³⁴ Para lo que sigue, cf. Codina Mir, 151-190.

corriente religiosa que conmueve al pueblo y transforma las costumbres. Son los inicios de la *Devotio moderna*. En el aspecto educativo, Groote se preocupa por la instrucción de la juventud e inicia en Deventer un movimiento escolar que se extenderá rápidamente por los Países Bajos, Alemania y Norte de Francia. Los Hermanos llevan una vida semi-monástica y sus escuelas pueden considerarse como semi-seculares, por su vinculación con las comunas. La irradiación de su espiritualidad, inseparable de la historia de la Congregación de Windesheim fundada bajo la inspiración de Groote, alcanza a toda Europa. El impacto de los Hermanos en el humanismo germánico y en la Reforma ha sido ampliamente estudiado. Entre sus alumnos se contaron personalidades como Erasmo, Lutero, Nicolás de Cusa, Gabriel Biel y Paracelso. Las escuelas de los Hermanos en Deventer y en Zwolle fueron las más famosas. Aunque duramente criticadas por Erasmo como sede de la Barbarie, no se puede negar que fueron poco a poco adhiriéndose a la causa del humanismo.

No deja de llamar la atención la coincidencia en muchos puntos entre el programa de Mesina y el de la Escuela San Jerónimo, de los Hermanos, en Lieja (1495). A tal punto que pronto surgió la acusación de plagio. En realidad, el posible influjo no se ejerció directamente sino a través de París, ya que fue París el intermediario entre los Hermanos de la Vida Común y los jesuitas. Concretamente, fue el Colegio de Monteagudo el vehículo para la penetración de la pedagogía de los Hermanos en París. El influjo se ejerció a partir de Jean Standonck, Principal y reformador de los estatutos del Colegio de Monteagudo (1499) y antiguo alumno de los Hermanos en Gouda.

Monteagudo introduce en París elementos desconocidos hasta entonces, cuyo origen hay que buscarlos en los Hermanos. Enumeremos entre ellos la ya mencionada división de alumnos en clases, las decurias, los exámenes y la promoción de grados a nivel de la gramática, el *rapiarium* o cuaderno de vocabulario, el cargo de *notator* o delator de los alumnos. Otro elemento típico de los Hermanos, e implantado en Monteagudo, es la insistencia en la formación religiosa de los jóvenes, especialmente a través de la Biblia. Por paradójico que parezca, este hecho constituía una novedad en los Colegios de París. Groote fue una de las mayores promotores de la *pietas litterata*. El teatro, que ciertamente no era desconocido en París, cobró también una gran importancia en las escuelas de los Hermanos. Evidentemente los Hermanos no fueron los inventores de todas estas novedades. La adopción del sistema de decurias, por ejemplo, atribuidas a los Hermanos, probablemente no fue sino la secularización de una costumbre monástica, para una mejor división del trabajo.

Al parecer, serían éstos algunos de los aportes de los Hermanos al *modus parisiensis*. Pero nos equivocáramos si creyéramos que hay que buscar los orígenes del *modus parisiensis* en las escuelas de los Hermanos. La influencia no fue en sentido único, puesto que el mismo Gerardo Groote y otros de sus educadores estudiaron en París. Pero ciertamente París incorporó elementos ajenos a su tradición y les dio su sello propio.

El Colegio de Monteagudo gozaba de un enorme ascendiente entre todos los Colegios de París, por el nivel de sus estudios y por su rigurosa disciplina. Según se decía, el Colegio era "agudo" (*acutus*) por los ingenios que cultivaba, y agudo por el hambre que afilaba los dientes de sus famélicos alumnos. Por el austero Colegio habían pasado insignes alumnos como François de Rabelais, el mismo Erasmo y Calvino, además de Ignacio de Loyola. Rabelais se refiere con sorna al "Colegio piojoso" donde le tocó estudiar. Los tiempos de Standonck fueron famosos por su dureza. Con su sucesor, el Principal Noel Beda (1509), se introduce tímidamente el

humanismo. Es lógico pensar que muchas de las novedades implantadas en Monteagudo pasaron de allí a los otros Colegios de París. A Ignacio le tocó vivir en Monteagudo la apasionante época de transición entre "Barbarie" y humanismo.

Además del influjo pedagógico, es importante subrayar el impacto que Monteagudo, como centro de irradiación de la *Devotio moderna*, pudo haber tenido en Ignacio de Loyola. Los primeros contactos de Ignacio con este movimiento datan de mucho antes de su estancia en París. Ya en Montserrat, Ignacio tuvo ocasión de ponerse en contacto con la corriente de Windesheim, introducida allí por el Abad García de Cisneros. Se han estudiado ya las relaciones entre el *Exercitatorio* de Cisneros y los *Ejercicios* de Ignacio. Por otra parte es innegable que existe un parecido entre la Regla de Monteagudo y ciertos pasajes de las Constituciones de la Compañía. Hasta tal punto que durante mucho tiempo se manejó la fábula, suficientemente refutada ya, de que la Compañía de Jesús tuvo sus orígenes en una escisión de la congregación de Monteagudo³⁵.

Lo cierto es que varias de las fórmulas pedagógicas de los Hermanos de la Vida Común entraron en la pedagogía de los jesuitas a través de Monteagudo, y que Monteagudo constituyó para Ignacio una nueva oportunidad de entrar en contacto con la *Devotio moderna*.

7. Colegios seculares y reformados: un inquietante parecido

El humanismo renacentista era ya imparable. El modelo de los Colegios de París y de los Hermanos no podía pasar inadvertido. Las comunas y provincias más progresistas reclamaban un nuevo tipo de educación, de acuerdo a las últimas innovaciones humanistas. Por toda Europa empiezan a multiplicarse Colegios, Escuelas, Gimnasios y Academias. Entre ellos el Colegio de Mesina, fundado a instancias del Virrey de Sicilia y de los magistrados de la ciudad.

Lo que resulta inquietante es que, poco antes de Mesina o casi contemporáneamente con ella, abrieran sus puertas algunos Colegios seculares --varios de ellos vinculados a la Reforma protestante--, cuyos programas presentaban un extraño parecido con el de Jerónimo Nadal. Mencionaremos sólo tres de ellos: el Colegio de Guyenne en Burdeos, el Colegio de Artes de Coimbra --nacidos ambos bajo la influencia del Colegio parisino de Santa Bárbara--, y el Gimnasio de Estrasburgo. Las semejanzas dieron mucho que hablar desde los comienzos. ¿De dónde procedía aquel sospechoso parecido³⁶?

Además del Colegio de Monteagudo, el Colegio Santa Bárbara --su eterno rival, calle por medio--, gozó de notoria reputación y ejerció un poderoso influjo más allá de París. En Santa Bárbara, dirigido por la dinastía portuguesa de los Gouveia, se había concentrado un notable grupo de profesores, ganados algunos de ellos a la causa de la Reforma. En Santa Bárbara habían estudiado Ignacio y cinco de los primeros jesuitas: Francisco Xavier, Pierre Favre, Simão Rodrigues, Claude Jay y Alfonso de Salmerón.

En 1532, la ciudad de Bordeaux se decide a fundar un Colegio "a ejemplo, forma y manera de los Colegios de la villa de París". En 1534, se hace cargo del nuevo Colegio de Guyenne el portugués

³⁵ De Dainville, 14.

³⁶ Para lo que sigue, cf. Codina Mir, 195-233.

André de Gouveia, sobrino de Diogo de Gouveia el Viejo. El nuevo Colegio se convierte en una auténtica réplica de Santa Bárbara. El equipo de profesores, muchos de ellos "barbistas", es de lo más selecto. Pronto el Colegio de Guyenne adquiere una extraordinaria fama y se convierte en "el mejor de Francia", a juicio de uno de sus más eximios alumnos, Michel de Montaigne. Guyenne es un ejemplo exitoso del *modus parisiensis*. No disponemos del programa de estudios y reglamentos de esa época, pero conocemos el programa de otro Colegio fundado poco después en la huella de Guyenne: el Colegio de Artes de Coimbra, parisino y "barbista" por donde se lo mire.

Efectivamente, el rey Juan III de Portugal, hombre del Renacimiento y mecenas de todas las artes, acariciaba la idea de fundar junto a la Universidad de Coimbra un gran Colegio para el estudio de las artes y las letras. Nada más lógico que apelar a los portugueses de Santa Bárbara, antiguos becados reales. André de Gouveia no pudo resistir a la voluntad de su soberano, y en 1547 abandona la dirección del Colegio de Guyenne para regresar a Portugal. Le acompaña un excelente equipo de profesores, de cuño parisino.

El Colegio de Artes de Coimbra, que abre sus puertas en 1548 --el mismo año que Mesina--, lleva un sello inconfundiblemente parisino. El *modus parisiensis* no era desconocido en Coimbra, puesto que ya años atrás el rey había restaurado la Universidad conforme a los estatutos de la Universidad de París, de donde había pedido profesores. Cuando la Compañía abre en 1542 en Coimbra un Colegio para los jóvenes estudiantes jesuitas, no se tiene inconveniente en enviarlos a estudiar a aquella Universidad, en la que Simão Rodrigues reconocía que los estudios literarios y artes no tenían nada que envidiar a París.

En 1555, el Rey confía el Colegio de Artes a la Compañía. Los jesuitas redescubrirán fácilmente en él su querido *modus parisiensis*, introducido no por ellos sino por Gouveia y los portugueses de Santa Bárbara y Guyenne. Entre los jesuitas que hicieron su aprendizaje del *modus parisiensis* a la sombra de Coimbra, había dos que poco después formaron parte del equipo fundador de Mesina: el italiano Benedetto Palmio y el flamenco Cornelius Wischaven. De esta manera, indirectamente el Colegio de Mesina experimentó sin duda el influjo de Coimbra. Por Coimbra pasaron posteriormente algunos de los jesuitas que más influyeron en fijar los estudios de humanidades, artes y teología de la Compañía, y en la misma redacción de la *Ratio Studiorum*: el humanista Pedro Juan Perpinyà, el teólogo Emanuel de Sá, el filósofo Pedro de Fonseca, el retórico Cipriano Soares, el gramático Emanuel Álvares. Todos ellos estaban familiarizados con el *modus parisiensis*.

Casi simultáneamente a Guyenne y Coimbra, aunque en un contexto muy distinto, abría sus puertas otro Colegio de cuño parisino. El famoso Gimnasio de Estrasburgo, fundado por el reformador Johannes Sturm. Sturm se había educado en el Colegio de los Hermanos de la Vida Común, en Lieja. Posteriormente estudió y enseñó en París (1529-1536), coincidiendo allí casi los mismos años que Ignacio y los primeros jesuitas. Ganado a la causa de la Reforma, abandona París y, por invitación de Martín Bucer, el humanista y reformador alemán, se dirige a Estrasburgo. Allí las autoridades escolares de la ciudad le confían la reorganización del sistema de instrucción pública. En 1538, diez años antes de Mesina, Sturm publica su famoso programa, que servirá de modelo para muchos otros Colegios de la Reforma.

La estructura del Gimnasio de Estrasburgo está calcada del Colegio San Jerónimo de Lieja, y Sturm mismo se declara sucesor de la tradición de los Hermanos de la Vida Común. Pero

incontestablemente Estrasburgo se sitúa también en la línea de París. Ya hemos indicado más arriba los comentarios a que había prestado el parecido entre Mesina y Lieja. La semejanza entre Mesina y Estrasburgo era todavía más llamativa. Hasta el punto que durante mucho tiempo se especuló sobre si los jesuitas habían plagiado a los protestantes, o éstos a los jesuitas. Sturm mismo se extraña (1565) del asombroso parecido entre los autores y ejercicios seguidos en los Colegios de los jesuitas y los de Estrasburgo, como si los jesuitas se hubieran inspirado en Estrasburgo.

Los jesuitas conocieron a Sturm y éste conoció a los jesuitas, a quienes por cierto elogia por impulsar los estudios clásicos en Alemania. Pero no por eso deja de considerarlos como la gente más temible, y los critica por querer ganar el favor de emperadores y reyes. Los jesuitas no fueron mucho más amables con él. En una carta a Ignacio, Pedro Canisio hace referencia a la *eloquentia* y a la vez a la *pestilentia* de la herejía de Sturm y de los humanistas reformadores de Estrasburgo.

Hoy la controversia que enfrentó a jesuitas y protestantes durante siglos sobre sus mutuas semejanzas, parece suficientemente dilucidada. No es necesario apelar al plagio para explicar el parecido de todos estos Colegios, al menos en su estadio inicial. La explicación hay que buscarla en las fuentes comunes de donde unos y otros bebieron: los Hermanos de la Vida Común y la Universidad de París, por cierto emparentados también entre sí. En mayor o menor grado, por conductos distintos, es fácil reconocer en los Colegios jesuitas y en los protestantes una filiación común. La impronta de los Hermanos parece más fuerte en los países germánicos, mientras que el influjo directo de París es más evidente en Francia y en el Sur de Europa.

En etapas posteriores, en la segunda mitad del siglo XVI, cuando el humanismo renacentista está ya bien establecido en toda la educación europea, es muy posible y probable que se hayan dado recíprocas influencias e incluso copias. No entraremos en ello. El árbol genealógico de la pedagogía tiene muchas ramas. No existen modelos pedagógicos en estado puro. Nuestro propósito era simplemente mostrar cómo el *modus parisiensis* marcó desde los comienzos la pedagogía de los jesuitas y su opción por el humanismo renacentista.

8. Conclusión: "El método que nos es familiar"

París fue el arquetipo que sirvió de modelo tanto a los Colegios de jesuitas, como a los de los reformadores y a muchos de los colegios seculares de toda Europa, aunque no fue París su única fuente de inspiración, ni las realizaciones fueron las mismas. Para los jesuitas, el *modus parisiensis* era un excelente método, el mejor a su alcance, sinónimo de una pedagogía eminentemente activa, en que todas las capacidades del estudiante se ponían en juego, y de un plan de estudios bien fundamentado y organizado. Por esto se decidieron por él.

Pero era algo más que esto. El *modus parisiensis* fue el medio como los primeros jesuitas se insertaron en el humanismo renacentista de su tiempo. En un giro de la historia, Ignacio de Loyola y los primeros jesuitas tuvieron la intuición de tomar partido por la nueva cultura del humanismo, sin desechar el rico aporte del pasado. La "ayuda de las almas" fue siempre el objetivo primario de Ignacio y de la Compañía. El deseo de ayudar a los estudiantes de fuera "en

letras y buenas costumbres"³⁷, es lo que le llevó a abrir Colegios para externos, de acuerdo al mejor modelo que vio a su alrededor, que fue el de París. Así nacieron los Colegios secundarios de los jesuitas.

En último término, es la vieja escolástica la que configura en muchos de sus elementos al *modus parisiensis* como método pedagógico. Pero los contenidos son ya netamente humanistas. Los jesuitas no fueron muy originales. No inventaron un método nuevo, sino que tomaron del fondo común de su tiempo los elementos pedagógicos que les parecieron más valiosos, hicieron con ellos su propia síntesis, y supieron hacer a partir de ellos un proyecto educativo propio. Otros educadores, especialmente los reformadores, hicieron algo semejante, por otros motivos. Ni los jesuitas ni los protestantes tuvieron la exclusiva del método de París, puesto que otros muchos colegios, seculares y comunales, se inspiraron también en París. Pero no cabe duda que la sistematización que de él hicieron los jesuitas, especialmente a través de la *Ratio*, fue la que estaba llamada a alcanzar la mayor difusión y a lograr un impacto pedagógico de carácter mundial.

El viejo *modus parisiensis* fue para los jesuitas el punto de partida para la creación de su propia pedagogía y de su sistema educativo. La ordenación implantada por Jerónimo Nadal en 1548 en el Colegio prototipo de Mesina, paulatinamente va evolucionando y difundiéndose. A partir de 1551, el Colegio Romano toma el relevo y se convierte en el modelo de los demás Colegios de la Compañía. El *modus parisiensis* se eclipsa discretamente y cede el paso al *modus Collegii Romani*. Más tarde vendrá la *Ratio Studiorum*. Bajo nuevos apelativos y en sucesivas elaboraciones, las raíces parisinas de la pedagogía de la Compañía son inconfundibles. En el origen, están aquellos diez maestros en artes de París que un día estudiaron juntos "al modo llamado de París, donde primero estudió la Compañía y conoce el modo de proceder que allí se tiene".

³⁷ Const. [392].